

DOCUMENTO 1

La hija del rey

La hija del rey, drama en tres actos escrito en verso, fue estrenado en el *Teatro Nacional de México* el 27 de abril de 1876. A José Martí, que comentó el estreno de esta obra en la *Revista Universal*, el 29 de abril de 1876, atribuye Camilo Carrancá y Trujillo otras dos notas sobre el homenaje que se tributó a Peón Contreras en el *Teatro Principal* con motivo del éxito de su drama; la segunda, publicada también en la *Revista Universal* el 9 de mayo de 1876, entre otras cosas dice: “El teatro estaba lleno, y lleno de lo más notable de México, en cuantos ramos dan brillantéz a una ciudad. Se presentó *La hija del rey*. Guasp y Concepción Padilla. Don Anselmo de la Portilla entregó a Peón una pluma de oro. Nicolás Azcárate, el diploma de la Junta al poeta insigne.”

La Hija del Rey
(fragmento)

ACTO TERCERO

Cámara pequeña. Puerta al fondo; otra a la derecha del actor, que conduce al aposento de Angélica, y junto a esta puerta, un reclinatorio. A la izquierda, otra puerta que da a un pasadizo que comunica con la iglesia del convento, y cerca de esta puerta, una mesa y un sillón. Una luz encima de la mesa.

ESCENA I

Don Gaspar y Santoyo

GASPAR: ¿Y quién le contó esa historia?

SANTOYO: Yo, señor, yo...

GASPAR: ¡Por mi vida!
Debió quedar escondida
para siempre en tu memoria.
Debió en secreto profundo
su origen permanecer...
¡Ay! si lo llega a saber
el Rey Felipe Segundo!

SANTOYO: El Rey, señor, sabe bien
cómo le sirvo. El ignora
lo que su hija sufre y llora...
¡Si lo supiera también!
Yo escribiré, pues me exalta
de mi señora el dolor,
cual la trata su tutor
don Iñigo de Peralta.

GASPAR: ¡Ay de ti!

SANTOYO: ¿Me amenazáis?

GASPAR: Bien pudiera.

SANTOYO: No os ofendo.

GASPAR: ¡Esa altivez!...

SANTOYO: Me defendo;
es que colérico estáis,
tal vez por la pesadumbre
de anoche; pues bien se ve,
que ni al respeto os falté,
ni faltar es mi costumbre;
mas os advierto, señor,
que a doña Angélica aquí
en nombre del Rey serví.
Ni a vos os tengo temor,
ni temor tengo a la ley,
que afianzando mi derecho,
guardada sobre mi pecho
llevo una carta del Rey.

GASPAR: (*Aparte*) ¡Del Rey!...

SANTOYO: Y si ella me diera
poder, don Gaspar, bastante,
doña Angélica al instante
de este convento saliera.
Y si vos...

GASPAR: Amenazaros
no he pretendido en verdad,
Santoyo... Mas contestad
lo que voy a preguntaros.

SANTOYO: Hablad, decid qué os aqueja.

GASPAR: Anoche vuestra señora
con un galán a deshora
hablaba desde la reja
de vuestro propio aposento.

SANTOYO: Ya lo se.

GASPAR: ¿Quién era ese hombre?

SANTOYO: Lo ignoro.

GASPAR: ¿Ignoráis su nombre?
¡Es extraño!

SANTOYO: Yo no miento.

GASPAR: ¿Y permitisteis?...

SANTOYO: Sí tal.

GASPAR: ¿Sin conocerlo? No infiero...

SANTOYO: Ese hombre es un caballero.

GASPAR: ¡El caso es original!
Pues sin conocerlo vos
descubristeis el arcano
de su condición...-Villano
pudiera ser ¡vive Dios!

SANTOYO: Mirad que os ciegan los celos...
Don Gaspar, ¡perdéis la calma!...
Cuando hay nobleza en el alma
nada importa un nombre.

GASPAR: ¡Oh cielos!

SANTOYO: Y tan generosa acción
tuvo ese galán conmigo
que, cual lo siento lo digo,
conquistó mi corazón.
Además que mi señora
le ama...

GASPAR: Callad.

SANTOYO: Y es en vano,
que la tratéis inhumano.
¡Si supierais cuánto llora!

GASPAR: (*Aparte*)
Es inútil... Nada puedo
sacar en limpio de aquí,
ni he de alcanzar, pese a mí,
infundir a este hombre miedo. (*Alto*)
Vuestra señora desea
hablarme... Ya podéis, pues,
decirle que un honor es
que su servidor la vea. (*Vase Santoyo*)

ESCENA II

Peralta y don Gaspar

GASPAR: (*Llamando*) Peralta.

PERALTA: Habéis conseguido...

GASPAR: Nada.

PERALTA: Ya sabéis mi intento.

GASPAR: Si no nos vamos con tiento
dad el lance por perdido.
El sirve al Rey de esa suerte.

PERALTA: Vanos temores calmad:
contra la santa hermandad
no puede más que la muerte.

GASPAR: ¿Prenderlo?

PERALTA: Se le asegura,
para que en negar no insista;
que no hay lengua que resista,
don Gaspar, a la tortura.
Veréis cómo nos confiesa
quién es ese hombre.

GASPAR: Id con Dios,
y hacedlo.

PERALTA: Mendoza, y vos
no olvidéis vuestra promesa.
Mas él viene.

ESCENA III

Gaspar, Peralta y Santoyo

SANTOYO: Caballero,
no tendréis que aguardar mucho.

PERALTA: Señor Santoyo...

SANTOYO: Os escucho.

PERALTA: Seguidme, que hablaros quiero
(*Vanse Santoyo y Peralta*)

ESCENA IV

Gaspar y después Angélica

GASPAR: Ya cayó; cayó en la red
que Peralta le ha tendido.
¡Pobre Santoyo!... Oigo ruido...

ANGÉLICA: Dios guarde a vuestra merced.

GASPAR: El a vos. (*Alto*)
(*Aparte*) ¡Cuánta hermosura!

ANGÉLICA: Perdonadme si os molesto.

GASPAR: No hay razón, señora, puesto
que es serviros mi ventura.

ANGÉLICA: Bien, don Gaspar; y aunque amada
de vos, mi desdén os ciega,
no os olvidéis de que os ruega
una mujer desdichada.
Ayer, aunque el alma mía
jamás odiar ha sabido,
odio por vos he sentido;
le robabais su alegría;
pero hoy... ese es mi secreto,
no me preguntéis por qué,
siento por vos yo no se
qué misterioso respeto.
En nombre del él os suplico,
y no he de rogarlo en vano,
que prescindáis de mi mano...
No ignoro que os sacrifico,
yo leo en vuestro semblante
el acerbo sufrimiento...
Tened piedad un momento:
compadecedme un instante.
¿Qué puede débil mujer,
si de otra cosa no entiende;

si sólo el amor enciende
y rinde todo su ser?
¿Qué puede si pena ingrata
le roba calma y reposo?...
¿si un sueño dulce y hermoso
su pensamiento arrebató?

GASPAR: ¡Basta, señora, por Dios!
Bien acaso concebís
que eso que vos me pedís
os estoy pidiendo a vos.
Ahora, en este momento
que me habláis, se me figura
que hacéis la viva pintura
de mi propio sufrimiento:
vuestra pena me sofoca,
me angustia vuestra agonía:
pena y angustia, es la mía
que refiere vuestra boca,
lo mismo que siento aquí
que es inmenso, que es horrible...
conque juzgad si es posible
eso que exigís de mí.

ANGÉLICA: ¡Vos que tenéis fortaleza!...

GASPAR: Fortaleza... Si es igual
para entrambos este mal
que por matarnos empieza,
vos sois como yo tan fuerte
y pues muerte es este amor
para los dos, el dolor
jes igual ante la muerte!
Basta: pretensión insana
fuera oponerme a mi anhelo:
¡o esposa mía, o el velo
al pie del altar, mañana!

(Angélica se queda como ensimismada)

(Aparte) —¡Ah! si yo pudiera oír,
después de esta lucha fiera

de mi suerte decidiera
lo que a solas va a decir!

*(Se queda en el fondo con la puerta
entreabierta fuera de la escena,
pero de modo que se le vea).*

ESCENA V

Angélica, don Gaspar y Guiomar

ANGÉLICA: Cruel, ¡oh Dios mío!, cruel
vacilación me anonada...
Guiomar... ¡Ya no espero nada!

(Entra Guiomar)

Toma, Guiomar.

GASPAR: ¡Un papel! ¡Para él!

ANGÉLICA: ¡Guiomar, dame ayuda!...

GUIOMAR: ¿Estáis decidida?

ANGÉLICA: Sí. Vete al templo por allí,
(Señalándole el pasadizo)
que en el templo está sin duda;
al pie del púlpito irás,
que allí un mancebo te espera:
negra, hermosa cabellera
sobre su frente verás.
Negra capa en las espaldas,
dos plumas blancas unidas,
en el sombrero prendidas
con un joyel de esmeraldas,
negra traza, acuchillada
de oro y azul celeste...
Dale esta llave, dale este
papel sin decirle nada.

Ya tú sabes lo que yo
he escrito... no tardes mucho.
(*Vase Guiomar y desaparece don Gaspar*).
¡Cómo lucho, cómo lucho!
Tal vez se desesperó
de esperar... tal vez, Dios mío,
se fué ya sin esperanza,
acusando mi tardanza
de desamor y desvío. (*Lee*).
"Angélica, del dolor
es una nuestra querella...
¡Cuán triste brilla la estrella
del cielo de nuestro amor!...
Ayer lozanas, benditas
nuestras flores ¡y mi destino
hoy las riega en mi camino
deshojadas y marchitas!
Desde aquel santo placer
un siglo vi transcurrir...
Ayer debiste morir...
¡Yo debí morir ayer!
Ya luché... ya me venció
el dolor... no puedo más...
Quiero saber lo que harás
después que haya muerto yo...
Pero si luchar prefieres
todavía por el bien
que nos roban, yo también
dispuesto estoy, di qué quieres...
Si feliz no ha de vivir
aquel a quien debo tanto,
aún puede secarse el llanto,
aún nos queda un medio: huir.
Esta tarde, con Guiomar
respóndeme... he de aguardar
del nuevo púlpito al pie..."
-De pasos oigo rumor.
Sor Isabel... (*Vase*).

ESCENA VI

Sor, Isabel y Peralta

ISABEL: Un momento;
debe estar en su aposento.
Esperad aquí, señor.

ESCENA VII

Peralta, (solo)

PERALTA: ¡Ah! por más que lo pretenda
seré con ella inflexible!
Y mi ambición ¡ah! ¡imposible!
he perdido la encomienda.
Mas Santoyo aunque persista
en guardar ese secreto,
al Santo Oficio sujeto,
no hay temor de que resista.

ESCENA VIII

Peralta y don Gaspar

GASPAR: Peralta

PERALTA: Señor.

GASPAR: Triunfamos...
ya duda alguna no cabe.

PERALTA: ¿De qué?

GASPAR: Sí... todo lo sabe
Guiomar... aquí la esperamos

Ella, torpe encubridora
de Angélica, ha un momento
que a la iglesia del convento
fué de un papel portadora
para él, no es ilusión;
verle quise y llegué tarde
al templo... mas ¡Dios le guarde,
Peralta, en esta ocasión!
El destino, que se empeña
en perseguirme, ya halaga
mi esperanza... Que Dios haga
que al fin la mate... ¡Ah, la dueña!

ESCENA IX

Peralta, don Gaspar y Guiomar

GASPAR: Ven acá... ¿De dónde vienes?

GUIOMAR: ¡Ay Jesús! Ved lo que hacéis.

PERALTA: Decid verdad u os perdéis.

GASPAR: La vida en mis manos tienes,
¿fuiste al templo?

GUIOMAR: Sí, señor.

GASPAR: Llevaste un pliego a un doncel.
¿Qué decía ese papel?
¿Era una carta de amor?
No pienses que una respuesta
cualquiera me satisfaga.

PERALTA: ¡Si desnudara la daga! (*Aparte*)

GASPAR: ¡Contesta, dueña, contesta!

GUIOMAR: ¡Dios mío!

GASPAR: ¡Silencio!

GUIOMAR: ¡Ah!

GASPAR: ¿Era una cita?

GUIOMAR: Tal vez...

GASPAR: ¿A qué hora vendrá?

GUIOMAR: A las diez.

GASPAR: ¿Por qué las diez no son ya?
Dilo todo, haz que te ahorre
sufrimientos...

GUIOMAR: Se me exige...

GASPAR: ¡Por Cristo!

GUIOMAR: Pues ya no dije...
En compostura la torre
está...

GASPAR: Ya comprendo a fe,
y por los andamios...

GUIOMAR: Sí.

GASPAR: ¿Quién ha de ayudarle, di,
en esa empresa?

GUIOMAR: No sé

PERALTA: ¡Profanación es muy grave
obrar así en deservicio
del Señor... que el Santo Oficio!...

GUIOMAR: ¡Ah! (*Aterrorizado*)

GASPAR: ¿Quién ha dado la llave
de la torre? Di, contesta.
Dime su nombre al momento,
o en el potro del tormento
callar, la vida te cuesta.

GUIOMAR: Santoyo...

GASPAR: Y ¿cómo se explica?...

GUIOMAR: Fácilmente, es muy sencillo,
ya sabéis que este pasillo
con la iglesia comunica.

GASPAR: ¿Por él vendrá ese galán?

GUIOMAR: Sí tal...

GASPAR: ¡Oh ventura mía!
¡Quién tan pronto pensaría
que terminase este afán!
—Don Iñigo, entrar a ese hombre
dejaréis... quiero retarle
en este sitio, y matarle
aquí mismo... ¡Por mi nombre!
Cuando haya entrado, apostad
gente de justicia al pie
de la torre...

PERALTA: Yo estaré
en el pasillo...

GASPAR: Escuchad,
don Iñigo... si es que acaso
otra vez se me escapase
y me hiriese o me matase
ese hombre... cerradle el paso.
(Haciendo acción de que lo mate)

PERALTA: ¡Don Gaspar! *(Con asombro y con temor)*

- GASPAR: ¿Y qué os extraña,
Peralta?... No estéis inquieto:
soy visitador secreto
por el Rey, de Nueva España.
Ni a la Audiencia ni al Virrey
tengáis temor...
- PERALTA: Mas no obstante...
- GASPAR: Aguardaos un instante.
(Escribe un papel y se lo da)
Tomad. ¡Servicio del Rey!...
Soltad a Santoyo.
- PERALTA: Sí.
Que su prisión no hace falta.
Adiós, Mendoza.
- GASPAR: Peralta,
vos por la calle... yo aquí.
- PERALTA: Venid, dueña, y no chistéis.
- GUIOMAR: Yo os juro...
- PERALTA: No me obliguéis...
*(La amenaza con el puñal, y Guiomar
sale por delante obedeciendo.
Vanse por el fondo)*

ESCENA X

Don Gaspar y después Sor Isabel

- GASPAR: ¡Nada hará Sor Isabel!
Ama a ese hombre, mas ¡Por Dios!
que pronto uno de los dos
ha de morir... será él.

¿Quién vencerme a mí podrá
si van a luchar mis celos?
Si a mí me matan ¡oh cielos!
¿quién de ellos se librará?
¡Ah! resiste... acongojada
(Volviéndose al aposento de Angélica)
a mi pies he de mirarte!
¡Si siento en el talabarte
que se estremece mi espada!
(Después, como respondiendo a su pensamiento)
¡Que no pueda y que lo anhele!
¡Que no alcance mi poder
a tanto, que pueda hacer
que el tiempo rápido vuele!

ISABEL: Don Gaspar, no he conseguido
convencerla, y me parece
que su desventura crece.

GASPAR: A todo estoy decidido.

ISABEL: Fuera exigencia tirana
aumentar su desconsuelo,
hacerla tomar el velo
mañana...

GASPAR: Será mañana.

ISABEL: Y si no es su vocación...

GASPAR: ¿Y cuál es entonces, cuál?
Si el matrimonio es un mal
para ella, su inclinación
por el claustro debe ser
indisputable.

ISABEL: O pudiera...

GASPAR: Comprenderéis que soltera

no puede permanecer.
Su tutor debe mandar;
y pues así le acomoda,
el velo, Madre, o la boda,
el convento o el hogar.

ISABEL: La natural timidez
de esa angelical criatura...

GASPAR: Sor Isabel, es locura...
(*Suenan las diez*)
¡Ah!... las diez... venid...
(*Vanse rápidamente*)
(*Siguen sonando las diez, y al terminar*
aparece Angélica)

ESCENA XI

ANGÉLICA: (*Sola*) Las diez...
¡Cuál tiemblo... cuál se estremece
mi corazón!... ¡Y Giomar?...
¿No ha vuelto?... ¿Dó puede estar?
¡Muy extraño me parece!...
Oigo ruido... ánimo, pues...
¿Fué ilusión?... Ya no oigo nada...
¡Ah!

ESCENA XII

Angélica y Lope

LOPE: ¡Mi Angélica adorada!

ANGÉLICA: ¿Eres tú?... ¡Dios mío!... ¡él es!

- LOPE: Pero esa puerta...
- ANGÉLICA: (*Va a cerrar*) Es verdad,
voy a cerrarla. No temas.
- LOPE: ¡Benditas horas supremas
de amor y felicidad!
¡Bien mío!
- ANGÉLICA: ¿Cuál es tu intento?
- LOPE: Fácil es de concebir.
¿Cuál ha de ser, cuál? Huir
ahora mismo del convento.
- ANGÉLICA: Es que el templo está cerrado
y la torre...
- LOPE: Vano afán:
Beatriz y Santoyo están
en la iglesia...
- ANGÉLICA: ¿Qué he escuchado?
¿Beatriz?... ¿Beatriz?... ¡Ah! no, no...
¿La hija de Santoyo?
- LOPE: Cierto
- ANGÉLICA: Que Beatriz había muerto,
Santoyo me aseguró...
- LOPE: Partamos ya, que intranquila
tal vez aguarda...
- ANGÉLICA: No sé
qué pensar, no sé por qué
mi pecho duda y vacila.
- LOPE: ¡Ay, Angélica, pasó
de ayer la noche infernal!...

Y su sombra funeral
mi cerebro enloqueció;
mil veces el homicida
puñal me amagó de muerte;
pero ¡ay! morir, y sin verte
¡despedirme de la vida!...
¡Morir yo sin contemplar
otra vez tu faz amada,
sin beber en tu mirada
la luz que me ha de salvar!...
¿Yo que anoche en mi dolor
me juzgaba con derecho
para destrozar tu pecho
asesinando mi amor?

ANGÉLICA: Lope, calla... no recuerdes
la desventura pasada...
Olvídate.

LOPE: ¡Desdichada
que por mí la calma pierdes!
Tienes razón; olvidar
es preciso aquel martirio,
cómo se olvida un delirio
horroroso al despertar,
si la luz de oriente brilla,
después que en la noche oscura
sufrimos la calentura
de implacable pesadilla;
¡tú eres la luz!... Embriagado
en esa mirada célica,
déjame mirar, Angélica,
tu semblante enamorado.
¡Que es el imán de mi amor
su belleza virginal,
y el encanto celestial
de su hechizo arrobador!...

ANGÉLICA: ¡Te amo tanto!

LOPE: ¡Si pudiera
ser esta inmensa alegría
purísimo albor de un día
eterno de primavera!

ANGÉLICA: ¡Eterno, Lope!...

LOPE: Es preciso
que huyamos pronto de aquí,
lejos de mi padre... ¡Así
la suerte ingrata lo quiso
Ya es hora...

ANGÉLICA: ¡Lope! ¿qué hacer?

LOPE: Santoyo esperarnos debe.

ANGÉLICA: Se oye ruido.

LOPE: ¿Quién se atreve?...
Ya no hay tiempo que perder...
Vamos.

GASPAR: (*Adentro*) ¡Abrid!

ANGÉLICA: ¡Ah!

LOPE: ¡Dios mío!

GASPAR: ¡Abrid! (*Sacudiendo la puerta*)

LOPE: ¡Mi padre!

ANGÉLICA: ¡Es su voz!
Huye, Lope... Huye veloz.

GASPAR: ¡Abrid!

LOPE: Contigo.

ANGÉLICA: ¡Qué impío
dolor!... ¡qué pena tan fiera!...
Rompen la puerta... (*Apaga la luz*)

GASPAR: ¡Ah!

ANGÉLICA: Ven.

GASPAR: (*Entrando*) ¡Luces!

ANGÉLICA: Vamos.

LOPE: Si tú me conduces... (*Se va*)

ANGÉLICA: Espérame en la escalera.

ESCENA XIII

Sor Isabel, Santoyo, Guiomar, Angélica
(*Santoyo entra con luces*)

GASPAR: ¡Ah! ¡triunfé, señora!
¡No se escapará por eso!

ANGÉLICA: ¿Tú, Santoyo? (*Con extrañeza*)

SANTOYO: Estuve preso.

ANGÉLICA: (*A don Gaspar*) Decid... ¿Qué queréis ahora?
¿A dónde vais?

GASPAR: Es igual que
os enojéis u os riais.

ANGÉLICA: ¡No se pasa! ¿A dónde vais?

GASPAR: En busca de mi rival.

ANGÉLICA: ¡No, no!

GASPAR: *(Que oye rumor de espadas en el pasillo)*
Acero contra acero
chocan... ¡Teneos, Peralta!
(Alzando la voz)

ISABEL: ¿Qué es esto?

ANGÉLICA: ¡Sólo eso falta!

GASPAR: ¡Paso! ¡que matarle quiero!

ANGÉLICA: ¡Matarle! ¡Dios mío!

GASPAR: Sí... Apartad.

ANGÉLICA: ¡Matarle dijo!
¡Desdichado, si es vuestro hijo!

GASPAR: ¡Maldición!... ¡Lope!...
(Desaparece por el pasillo)

ANGÉLICA: ¡Ay de mí!

ISABEL: Socorro... ¿Con qué derecho?
(Entran algunos pajes, educandas y servidumbre)

SANTOYO: ¡Del destino esa es la ley!

GASPAR: *(Saliendo de espaldas del pasillo;
y viendo a Lope que entra con
el pecho atravesado, se horroriza)*
¡Jesús!

PERALTA: *(Saliendo por el pasillo y agitando un papel)*
¡Servicio del Rey!

GASPAR: *(A Peralta)* ¿Qué habéis hecho?

ANGÉLICA: *(A don Gaspar)* ¿Qué habéis hecho?
(Don Gaspar cae de rodillas)
¡Lope!... ¡Lope!...
(arrojándose sobre él)

ESCENA ULTIMA

*Peralta, don Gaspar, don Lope, Angélica, Sor Isabel,
Santoyo, Ortíz y Beatriz, cubierto el rostro con un velo.
Estos dos últimos entran conducidos por los corchetes.*

LOPE: *(Cayendo en el sillón)* ¡Desdichada!...

ANGÉLICA: ¿Qué es esto?... ¡Sangre!... ¡Oh dolor!

*(Ultima expresión que dice Angélica en su acuerdo. Cuando dice:
"No es nada, no es nada" ya está loca. La actriz debe aprovechar
el corto espacio entre una exclamación y otra, para expresar con su
fisonomía el trastorno de su inteligencia)*

GASPAR: ¡Qué horror, Dios mío, qué horror!...

LOPE: ¡Padre!

ANGÉLICA: No es nada... No es nada...

LOPE: Padre... os perdono... yo fui
el culpable... Esa es tu hija,
Santoyo...
(Beatriz se echa en brazos de Santoyo)

SANTOYO: ¡Ah!

LOPE: No te aflija...
"Mañana"... dije... y cumplí...
—¡Oye, Angélica!... quería
morir en tus brazos...

ANGÉLICA: ¡Ah!

LOPE: Perdónale ... como ya
(Señalando a su padre)
le perdoné... vida mía... (Expira)

TODOS: ¡Muerto!

ANGÉLICA: ¡Mi Lope del alma!
¿Callas?... ¿Por qué no me mira?

TODOS: (Muy bajo) ¡Loca!

ANGÉLICA: Su pecho respira...
¡Qué dulce, qué dulce calma!
Reposa... ¿Qué hacéis aquí?...
¿Qué hacéis, infames, qué hacéis?...
¡Ah! ¿robármele queréis?...
No... No... ¿Robármele a mí?...
¿Y éstas son vuestras proezas?
Habéis dado un golpe en falso.
-Mañana, sobre un cadalso
¡rodarán vuestras cabezas!
-Atrás os digo... ¡ah! ¡qué horror!
(Mirando a don Gaspar que se levanta
después de besar la mano de Lope)
¡Don Gaspar!... -¡Ser no podría!
Mató un hijo que tenía
¡y se murió de dolor!...
-Idos todos... idos todas...
Gente infame y sin conciencia...
(Volviéndose a hablar con Lope)
¿Es verdad? Con su presencia
van a amargar nuestras bodas!...
-Idos... ¡se van! -No hay temor.
(Todos se retiran un poco hacia el fondo)
No hay ya perfidias, no hay dolos;
ahora sí... ya estamos solos...
¡Ya estoy sola con mi amor!

Crónica de Manuel Gutiérrez Nájera,
El Partido Liberal, 12 de octubre de 1890

LA HIJA DEL REY DE JOSÉ PEÓN Y CONTRERAS

Me parece que estoy muy lejos de esa época... No recuerdo bien si fue en setenta y cinco o setenta y seis; pero sí estoy segurísimo de que en aquel entonces tan remoto, mi pensamiento y yo teníamos quince años. No revuelvo papeles ni periódicos para decir la fecha exacta; porque no quiero ver nombres o firmas de personas que ya... sólo son nombres. Ahora pienso que en esos años era muy dichoso. Entonces no lo creía probablemente.

¡Qué entusiasta, qué bueno aquel don Anselmo de la Portilla! Era infinitamente más chiquito que su corazón. ¡Y cómo le alborozó el triunfo de Peón Contreras! Porque fue un triunfo, un verdadero triunfo el de aquella *Hija del Rey*; un triunfo semejante al que obtuvieron Hartzenbusch con *Los amantes de Teruel* y García Gutiérrez, con *El trovador*. De esa familia, Hartzenbusch por el padre, García Gutiérrez por la madre, y Lope de Vega por el abuelo, es Peón Contreras.

Loco de júbilo andaba don Anselmo colectando dinero para ofrecer una pluma de oro al insigne dramaturgo. Y yo, que no tenía dinero, aunque sólo se trataba de centavos; yo, que ví a mi padre dar su peso o sus dos pesos, sentí deseos de cooperar en algo, de ser parte en la ovación, y no queriendo pedir prestado en casa, porque entonces no hubiera dado nada mío, dije: ¡Haré versos! Y los hice!

Qué malos! Lo conocí. Pero como quería dar algo a Peón Contreras, me decidí a robar. Tenía un libro de pasta colorada titulado *Semana de las señoritas*, edición de don Juan Navarro, y en el que estaban impresas poesías de Granados Maldonado y de González Bocanegra. Tomé versos de ambos (versos que entonces parecieronme excelentes), los medié con los míos y entre Granados, Bocanegra y yo, hicimos una oda a Peón Contreras.

¿La leí? ¿Se publicó? Ya no recuerdo. Como dije antes, por la desgracia estoy muy lejos de aquella noche; y, por fortuna, creo que también estoy muy lejos de esos versos. De lo único que hago memoria es de que don Anselmo, quien seguramente no había leído a Bocanegra ni a Granados, porque empleaba mejor el tiempo, le dijo a mi padre entre bastidores:

—Dame un abrazo: tu hijo es un poeta.

Y yo, sabiendo que era ladrón, creí que era poeta. ¡Tanto puede el amor propio!

¡Qué aplausos cuando Peón salió a la escena! Allá, en la sala, un gran chaleco blanco: don Nicolás Azcárate. Una cabeza verídica de genio, con mirada embustera de mal genio: Pepe Martí. También Pepe Negrete, que fue después mi amigo muy querido, con su saco de cuadros, su sombrero bajo, y sus ojos muy grandes, ávidos de admirar toda belleza. Todos aplaudiendo. El maestro Altamirano en un palco; Justo Sierra en su butaca. Y por allí el enano Talavera pegado a sus anteojos; por allá la cabeza de pájaro de Jorge Ainslie; en una platea, la caja de rapé de Alfredo Chavero; y en un lateral, la nariz de Juan Mateos. Y yo, que había hecho unos cuantos versos, y robado otros tantos para dedicarlos a Peón, diciéndome con orgullo ¡Ya soy de esos!

Quince días hace se presentó en el Teatro Hidalgo el mismo drama, y tal suceso fue el que trajo a mi mente estos recuerdos. Faltó Guasp que decía, con tanta pasión y con el talento tan simpático que tiene, aquellos hermosos versos:

*¿Qué hacer? ¡Si yo no concibo
tanto mal!... ¡Si a este tormento
encontrara un lenitivo!...
¡Si yo no sé cómo aliento!...
¡Si yo no sé cómo vivo!...
¡Vivir sin que viva aquí
esa imagen hechicera
que en dulces ensueños vi,
alimentando la hoguera
de mi ardiente frenesí;
morir, morir algún día,
sin ver, amante, a mi lado*

*endulzando mi agonía
el semblante enamorado
que hechizó mi fantasía;
¡cruzar por la senda oscura
que cruza el linaje humano
sin su amor y su ternura;
bajar á la sepultura
sin apoyarme en su mano!...*

Concha Padilla tiene quince años más y está triste, como el arte dramático. Ya no dice con la misma altivez que antes:

*... ¡Paso a la hija
Del rey Felipe Segundo!*

Faltan muchos de aquellos que con tan justo y espontáneo entusiasmo, aplaudieron a Peón en aquella noche memorable. Pero la belleza vive y *La hija del rey* es siempre bella. La belleza enamora y *La hija del rey* fue tan aplaudida ha quince días, como ha quince años.

¿Qué es romántica?...no lo niego. Pero éste no es un defecto. ¿Será defecto en una mujer el ser muy blanca? A mí me gustan las poesías de Lamartine y me gustan las novelas de Zola, como me gustan las mujeres rubias y las mujeres morenas, siempre que sean amables. No sé si el galán es tenor, ni si las escenas de amor son dúos: pero sé que el aria o el monólogo, el dúo o el diálogo son bellos.

Nadie, entre nuestros poetas, se parece tanto a García Gutiérrez, como Peón Contreras. El egregio poeta español, cuando vino a Yucatán, tuvo a Peón, niño, en sus rodillas. Y Peón, hombre, se le subió a las barbas. La misma estructura dramática; el mismo amor a la capa y a la espada; la propia hermosura de versificación: idéntico desamor al realismo corriente. Almas afines son las suyas y hermanas son sus glorias.

Peón es más fecundo. Hacer un drama es para él como fumar un cigarro. Dice lo que dijo Emilio Augier: —“¿Que cómo escribo comedias?... Pues como cantan los pájaros: abren el pico y dicen: Tú-Tú-Pí-pí.”

Para Peón, el verso es la lengua propia. Yo creo que sólo habla en prosa cuando habla de henequén.

Oír su *Hija del rey* es como oír una ópera. Ya sabemos que, por desdicha, eso no es cierto; que no se ama así; que no se muere en quintillas; que los dramas de la vida son dramas en prosa, y prosa mala; pero por eso mismo nos cautiva la deleitosa y poética ficción. Tampoco hablan las mujeres como canta la Patti y la Patti nos arroba.

Sin embargo, esta resurrección de *La hija del rey* me ha entristecido; no sólo por los recuerdos que en mí despierta, no sólo por los ausentes amados, sino también porque comparo la vida literaria de entonces —aquella vida que yo no viví— con la de ahora. Bastaron un mezquino auxilio del gobierno y el entusiasmo artístico de Enrique Guasp, para promover o impulsar la literatura dramática. Y Peón Contreras, Chavero, Mateos, Rosas, Peza y muchos otros, dieron obras suyas a la escena. En la prensa, vivía Portilla; escribía Alfredo Bابلot; se esperaba a Pepe Negrete.

Ahora, Altamirano está en Europa; Chavero en el Congreso; Peón Contreras en el Senado y en el henequén; escribe dramas, pero como no tiene orquesta que los toque, ni Guasp de Pérís que los cante, se los deja en la gaveta; muchos han muerto de aquellos entusiastas devotos de la literatura; hace falta en el teatro la cabeza de genio de José Martí y hasta el chaleco blanco de don Nicolás Azcárate. ¡Ni un ateneo, ni un Liceo, ni un periódico literario...!

Casi cuando resucitaba *La hija del rey*, morían *La República Literaria* de Guadalajara y la *Revista Nacional de Letras y Ciencias*.

¡Vuelva a su tumba y espere mejores días para ostentar su hermosura, la que tantos amores inspiró y encuentra hoy tantos muertos!

Crónica de José Martí,
Revista Universal, 29 de abril de 1876

“LA HIJA DEL REY”
POR JOSÉ PEÓN CONTRERAS

Conmover es moralizar: ¿quién era malvado anteanoche en la representación de *La hija del rey*? Músicas y vítores acompañaron a Peón hasta su casa, y los que no llevábamos flores en las manos, volvíamos los ojos a los *papeles azules* de Calderón como demandando al cielo estrellas para la frente del poeta esclarecido, que en ella encontrarían hermanas espléndidas de gloria.

Irán en este artículo mezclados la reseña y el tributo; la impresión y el juicio; la obra del criterio y la del regocijo por el ajeno bien, que no es más que una forma del bien propio. Peón ha vencido, ha puesto alegría en los ánimos, se ha hecho aplaudir de las mujeres, ha exaltado a los hombres de entusiasmo: allí vencíamos con él cuantos sabemos que la gloria sólo ama a los que la temen al mismo tiempo que la buscan, y la esquivan como desesperando de merecerla. No van, por desgracia, unidas siempre tanta bondad de belleza en la inteligencia, y tanta bondad de cariño en el corazón: Yucatán debe amar el día en que produjo a este poeta, ilustre por inspirado, y por modesto, más ilustre.

Tres actos tiene el drama; acabado el uno, extraordinario el otro; el otro naturalmente opaco y débil, con el suave desfallecimiento del crepúsculo, bello en sí, sin poder compararse en belleza con la tierra encendida en luz de sol.

Vino a México en años ya olvidados el Arzobispo Moya de Contreras, y trajo consigo una niña, que no justificaba por su edad los desusados respetos que merecía visiblemente al Arzobispo. Albergaron a la misteriosa criatura los muros de las Concepcionistas, y dio ella luego con su raro influjo, toda clase de preeminencias al convento nuevo, viejo para nosotros y desde entonces tenido y respetado por real. Corrían años, y a los catorce de edad, murió privada de razón aquella niña, motivo de duda para los curiosos, para todos de hablillas y asombro, y para el malicioso cronista que esto dice, hija bastarda

del rey. Fue infortunada aquella pálida belleza, que no se hizo Felipe II para engendrar vida próspera y feliz. Su alma potente pudo ser sombría; pero la noche se ha hecho para el sueño, y la hora del trabajo quiere vigor y claridad.

De esta crónica sencilla hizo argumento el ingenio de Peón, dando, por permisible licencia poética, más años a su Angélica que los catorce autorizados por la crónica. Esclava en el convento, como en regios salones lo era en este siglo un duque rey infortunado, vivía bajo la custodia paternal de un Santoyo, fidelísimo escudero, y una Guiomar, madre a la par que dueña y a quien no quisiéramos ver tan fácilmente dominada por el temor en el tercer acto: que la que tuvo cuidados de madre, no puede adquirir de repente carcomidas entrañas de traidora. Cuidan de Angélica Sor Isabel, la abadesa del convento, e Iñigo de Peralta, que tiene más de vil que de tutor de la doncella. Ama ésta con amor tenazmente alimentado por recuerdos, a don Lope de Mendoza, galán voluble y generoso, tan apuesto como esta vez sinceramente enamorado. Solicita por otra parte a Angélica, y ya la tiene apalabrada con Peralta para esposa, otro Mendoza, don Gaspar, padre de Don Lope, de quien el vehemente anciano recata sus amorosas intenciones. Mas contenemos el entusiasmo que en nosotros produjo la perfecta exposición de caracteres y sucesos, para dar rápida idea del inspirado conjunto de la obra.

No ya en la calle, y al pie de una reja, muda testigo de arranques de ingenio y de nobleza, sobresaltos, duelo y amores, sino en lujosa sala del convento, continúa el acto segundo.

Allí aguardan todos, presa de variadas emociones, el instante de firmar los esponsales y para el acto de la firma, allí vienen Don Lope, ya seguro de las solicitudes de su padre, y decidido a sofocar su afición, por estas contrariedades levantada. Aventura reflexiones el doncel, y no las oye en calma el padre airado; esfuérganse en obtener de Angélica un consentimiento que aun en estos instantes rehúsa; quédase Don Lope lamentando en inolvidables versos sus desdichas, y allí va Angélica, ignorante hasta del doble linaje y parentela de Don Lope. Concibe la fantasía escenas bellas, no más naturales ni conmovedoras que ésta en que el hijo cumple su sacrificio, sin hacer alarde de él —muestra de buen gusto no siempre por los dramaturgos ofecida,— y en que Angélica se pregunta con espanto cómo pudo amar a tan menguado caballero. Veíamos vagar entonces por la escena algo

como dos sombras enamoradas, algo de Hamlet y de Ofelia, como Angélica querida, y como ella rechazada de extraña y cruel manera por su amante. Y hay semejanza en la esencia y alteza de aquella y esta escena, sin que tengan nada de común en la situación y en la forma.

Van a firmarse los esposales y se espera con agitación este momento, conmovido ya el ánimo con aquella reina que llora su esclavitud, con aquella mujer que aboga por su amor, con el hijo que en silencio ahoga el suyo, con el padre que no cede en su empeño, con la amante que se avergüenza de su confianza, con el dolor nobilísimo de Lope, —porque para enlazar episodios tiene la musa de Peón privilegiados dones de alto velo: Así, poniendo en contraste tantos afectos combatidos, llégase a la escena final con una ansiedad incontenible. Firman todos, con su mano airada Don Gaspar, con la suya vil Peralta, con la suya movida de despecho, Angélica, con la suya trémula Don Lope de Mendoza. Y no vio más la amante reina: rasgó el contrato, entendió el sacrificio, confundió a sus guardianes, y pidió libre el paso para la hija de Felipe II. Los personajes se arrodillan: los espectadores van a dar abrazos al poeta.

Levantada así la acción, no hubiera sido a nadie fácil continuarla levantado: harto ha hecho el autor con mantenerla a dramática altura. Sabe Don Gaspar que alguien le roba el amor de Angélica, mas no sabe que es su propio hijo: solicita éste de la doncella que huya en su compañía, y ella le escribe con Guiomar para verle y concertar la fuga. Viene Don Lope, y en tanto que habla con Angélica en escena que ganaría en efecto, ganando en rapidez, espéranle al pie de una torre derruida del convento hombres de la justicia, arteramente movidos por Don Gaspar, visitador de Nueva España, y en sus iras obedecido por don Iñigo. Rodeado está el convento y dentro de él Don Lope: rudos golpes en la puerta interrumpen su enamorado coloquio: no huye pronto el mancebo porque quiere llevar consigo a Angélica; prométele ésta que irá, a tiempo que Lope huye y Don Gaspar entra; chocan espadas, y el, visitador da a los suyos la orden de muerte: Angélica le revela que es su hijo: espántase Mendoza, viene Lope herido, mueve el heridor ante Don Gaspar la orden filicida; hiere el terror la excitada razón de Angélica, y terminan acto y drama con una escena de dolor y de locura. Era fuerza obedecer la historia, y la fantasía se sintió visiblemente oprimida ante esta traba.

¿No resultan del argumento, bello el primer acto, excelente el segundo, y el tercero violento y débil? Así se alzan las montañas por el centro, con esta eterna solicitud que todo lo terreno tiene al cielo.

Hay en el primer acto riqueza de episodios, medida y propiedad en las escenas, ingenio en las de amor, y nobleza en las de caballería, relaciones que recuerdan a Alarcón, y tanta novedad en los efectos como sencillez en la exposición y fácil galanura en el lenguaje.

Maravilla en Peón su fecundidad en incidentes. Enlázanse siempre sus dramas con otros anteriores, bellamente narrados al público, que se interesa a la par por la belleza del cuento, y por la cantidad de afectos puestos en acción.

No cabe, pues, monotonía en un drama de Peón, por cuanto, por natural revelación del talento, se obra en él lo que otros con detenido estudio no conciben.

Trae este poeta un elemento nuevo al género caballeresco, y por si en otra ocasión lo hemos dicho, aquí lo repetiremos con placer. Bien pudiera decirse que *La hija del rey* pertenece a este género, más porque los tiempos que copia eran tiempos de damas y galanes, que porque ciña en algo su fantasía a modelos que el autor no tiene por fortuna suya bastante manejados.

Domina en aquellas obras la fuerza del ingenio, y en éstas la fuerza de la pasión. El amor era en aquella época un concepto, y en Peón es una ternura, un sacrificio y una demencia. Lo sensible es aquí lo generador: allí generaba lo conceptuoso, lo superficial y formal, lo bello de lo frívolo, disimulando las deficiencias de la concepción.

Es Peón ingenioso cuando lo ha menester, y da de ellos muy sabrosa muestra en el diálogo de amores, no recargados por cierto de convencional lirismo, con que se captan voluntades desde el acto primero Angélica y Lope.

Aflígrese el ánimo observador cuando se desnudan las espadas, pensando que va el autor encaminado a trabar por fútiles razones duelos de usanza, y ve con alegría que no se saca el arma de la vaina sino para decir con ella en la mano que se debe respeto y honra a la vejez.

Y si la espada queda fuera, dando obstáculos al aire, mántiéndose por un duelo racional, y para efecto tan dramático como la lucha de amores entre un hijo respetuoso y un padre que tiene más de fiero que de cuerdo. ¡Bien hayan las reminiscencias de la caballería, cuando fortifican el espíritu con la contemplación y admiración de las bellezas!

Bien es que en el teatro se enseñe; mas hay forma divina y humana de enseñar; queda esta última encargada a la comedia, y aquélla a las exaltaciones de la fantasía, locura para los que no la alcanzan, y revelación y religión para los que en sí la acarician y la sienten. ¿Quién niega la cumbre de un monte porque sus ojos débiles no lleguen a la cumbre? Belleza y bondad van en sus obras tan unidas, que nunca se realiza la una sin producir inmediatamente la otra. Y si no es esto lo cierto, ¿qué enseñanza ha habido que conmoviese nuestro espíritu tan hondamente como esas de éxtasis extaño, que nos dejan más grande el corazón y fatigado y abrumado nuestro cuerpo? Porque tanto fatiga a veces la alegría.

Son los versos de este drama elegantes y fáciles siempre, frecuentemente enérgicos, en todos los momentos apasionados, y alguna vez interrumpidos en su propiedad por el uso de palabras, para nosotros naturales, mas no usadas por los tiempos en que las cosas que se relatan sucedían.

La conocíamos y la amábamos, pero no muchas veces hemos apreciado tan de cerca la secreta potencia de los versos, este arrobamiento de la melodía, esta delicia del oído que, como solicitada por voces misteriosas, estremece y arrebató el corazón. Siente el cuerpo la obra del alma y se disfruta una ventura semejante a la que nos embarga en las horas del amor, porque oír bellos versos es una noble manera de amar. Así, entusiasmado el público, saludaba con salvas de aplausos las floridas y perfectas quintillas de Don Lope en el acto segundo, y aquellas inspiradas redondillas, forma ternísima y poética de un dolor inmenso. Es que hay en el espíritu cielos dormidos, y se despiertan a la voz del cielo.

Con mucho contribuyó la belleza de estos versos a la poderosa y unánime impresión que dejó el segundo acto. Termina éste con unos versos valientes, pero a nuestro juicio poco naturales; ¿por qué ha de ocultar su amor Angélica? ¿cómo un corazón no avezado al disimulo

puede responder con un grito de regia soberbia a una revelación que debe exaltarla de regocijo y de amor? Después de haber leído la firma de Don Lope, no cabe en Angélica más que llorar, caer anonadada y amar. Amar con explosiones, no con palabras. Así es como el alma humana se levanta de la desconfianza a la creencia.

No hubiera habido drama entonces. Si lo hubiera habido: ¿cómo no pudiera hallar Peón una frase que fuese al mismo tiempo una respuesta a la agitación trágica de Angélica y una ocultación, necesaria para el drama, a Don Gaspar? Los momentos supremos son siempre pocos en palabras.

Tal pudiera decirse del final del drama, que a algunos hizo ver en *La hija del rey*, algo de otra reina enamorada y sin ventura: indudablemente hay la semejanza: mas ¿cabe en dos situaciones idénticas hablar de una manera completamente distinta? ¿En momentos parecidos, no son naturales parecidos sentimientos? Ciertamente es que también anhela el sueño con su amado la *Juana la loca* de un autor italiano: cierto es que algo nos trae esta situación a la memoria otra de un drama de Tamayo y Baus; mas si *La hija del rey* murió loca, y la crónica lo dice así, y Peón justificaba su locura, y Angélica amaba, de amor había de ser esta demencia, y en esto se fundó la semejanza. Va todo el acto tercero como deseoso de llegar al fin, siempre abundante en bellezas, pero ya no tan espontáneo como en el extraordinario acto precedente. Muy bello acto pudiera ser el último si no cediese aquella dueña con tanta premura a las exigencias de Mendoza, si durase menos el coloquio de amor de los jóvenes, si no insistiese tanto el poeta en la locura de su enérgica, apasionada y bellísima heroína. Los dramas deben acabar con una conmoción: nunca con la repetición o prolongación de un pensamiento.

En suma, obra de genio. Los caracteres son naturalmente caballerescos, no creados por una pretenciosa voluntad de hacerlos tipos de hidalgo caballería: el sentimiento arrastra al poeta, sin que una preparación que le es muy difícil, logre contener los movimientos fecundos de su musa. La versificación es tan hermosa, que por sí sola arrancó vítores y era interrumpida con aplausos: la trama es abundante, y si se nota defecto al desatar, es porque al unir hubo exceso de creación dramática.

Pasiones naturales, acción posible, historia patria, arrobadores versos, conveniente uso del lirismo, magistral disposición en las escenas, fuerza de revelación, y obra espontánea, tal es este nuevo drama de Peón, rico en episodios, deficiente por sobra de vida, comparable a obras muy altas, sancionado por el entusiasmo de los hombres, y todavía realizado por los aplausos que le tributaron las mujeres.

Blando eco tendrá esa noche en numerosos corazones: coloquios tiene la gloria con el ilustre poeta yucateco.

Revista Universal. México, 29 de abril de 1876.

1. —*La fiesta de Peón.*— Hoy va a ser honrada como lo merece el genio dramático de Peón. Eran ya para él honra bastante aquellos nutridísimos aplausos, el general elogio y la afectuosa conmoción que arrancó al público su hermosa *Hija del rey*; pero acontecimientos de esa magnitud no caben en una noche, aunque ésta sea memorable y solemne.

El entusiasmo producido por la obra nueva ha tomado forma, y hoy se ofrecerán a Peón los obsequios que sus paisanos —porque compatriotas suyos somos todos,— amigos, sus actores y los escritores de México presentan al talento ilustre, a la aptitud dramática, al noble carácter del que está uniendo su nombre al de las brillantes glorias de la literatura patria.

La ovación será doble: la natural que aranca la representación del drama; la solemne que han preparado los escritores. El director de la compañía del Principal, tan entusiasta como nosotros, llena de luces, transparentes y banderas su teatro; Melecio Morales dirigirá su obertura nueva; se leerán muy buenos versos, hablará D. Anselmo de la Portilla; —la frente de Peón es ancha, y en ella caben todos estos laureles.

2. —*La fiesta de Peón.*— La del domingo fue en el Principal noche de amor. No iba aquella extraordinaria concurrencia a juzgar fríamente de una obra, ni a apreciar siquiera sus bellezas ya gustadas: iba a premiar de una manera solemne, conmovedora y ruidosa al más alto talento dramático, —sin rival desde hace algunas décadas de años,—

que han producido los pueblos donde se habla aún lengua española. Lo alto de este elogio indica que lo tenemos bien pensado: otros habrá con más vigor de grandeza que Peón; ninguno de más numen, de mayor fecundidad, de fantasía más viva y más fácil que él. En esto lo estimamos nosotros, que hemos tenido para Peón palabras de alabanza y de censura.

El teatro estaba lleno, y lleno de lo más notable de México, en cuantos ramos dan brillantez a una ciudad.

Se representó *La hija del rey*. Guasp y Concepción Padilla. D. Anselmo de la Portilla entregó a Peón una pluma de oro. Nicolás Azcárate, el diploma de la Junta "al poeta insigne". —Julián Montiel habló "en nombre de los hijos de Yucatán" que ofecieron una corona de oro. Himno Nacional.

¿Qué triunfo en la guerra vale lo que esta memorable victoria de Peón? ¿Quién conquistó más calurosas muestras de entusiasmo que las que arranca ese hombre modesto, de apariencia sencilla, de miradas dulces, de fecundidad pasmosa en el ingenio, y de raudales de ternura en el corazón? Hollemos esa senda los que amamos la gloria, que ya tenemos un astro, un astro americano y mexicano, a quien seguir. Vendrán años; no vendrá con ellos el olvido de esta noche, en que grabamos en tantos corazones el nombre de una gloria ya impe-recedera.